



ANTON M. ESPADALER

## Naufragios

La idea que hoy nos hacemos de los naufragios sospecho que es fundamentalmente literaria y cinematográfica, lo que es una manera de reconocer que nadie se embarca en la actualidad concediendo ni la más remota posibilidad a que el viaje acabe de un modo imprevisto y trágico. La prueba definitiva se halla en que nada ha contribuido tanto al fomento de los cruceros como las recientes películas sobre el hundimiento del "Titanic". La confianza de nuestra sensibilidad hacia la tecnología es enorme y, por otro lado, escritores como Daniel Defoe, que se documentó muy a fondo, hicieron del naufragio la epopeya del hombre moderno que en la adversidad se hace a sí mismo, convirtiéndolo en un tránsito metafórico, doloroso pero no fatal. Cuando el periodismo se ocupó de esa epopeya la transformó en una aventura tan espectacular que cayó víctima de la propia hipérbolo, que es lo que pasó con el naufrago de Gabriel García Márquez. Y sin embargo, por no ir a mares lejanos, ahí quedan las imágenes del capitán Apóstolos Mangouras, el del "Prestige", jugándose el tipo en la cubierta antes de abandonar el buque, y, más ocultas en sus instantes dramáticos, las noticias de pateras que no alcanzaron su destino.

Cuando descubriendo el mar se descubría el mundo, principalmente en los siglos XVI y XVII, no había navegación que no conllevara su riesgo y su aventura. Isabel Soler acaba de publicar un libro excepcional, "Los mares naufragos" (Acantilado), compuesto por cuatro relatos de naufragios procedentes de la "Historia trágico-marítima", compilada por un tal Bernardo Gomes de Brito, sobre narraciones de los siglos indicados, en 1736. El volumen, que recoge la cara más amarga de la fructífera Carrera de Indias, contiene algunas de las narraciones más impresionantes que se pueden leer en la literatura de cualquier época. Siendo cada naufragio distinto, todos tienen en común una cierta interpretación de la providencia, una autoinculpación que por más técnica que sea no deja de ser moral, la sensación de que el

EN EL XVI Y EL  
XVII no había  
navegación que no  
conllevara su riesgo  
y su aventura

universo se rige en determinadas partes por leyes imprevisibles, una incómoda aceptación de la fatalidad derivada de la riqueza del cargamento y la miseria presente, y la sorpresa constante que representa seguir vivo contra toda esperanza. A pesar

de la enormidad de la experiencia, los relatores rechazan retorizar los hechos. Quizá porque el naufrago real no es un héroe sino un simple superviviente, al que en no pocas ocasiones, antes por prudencia que por vergüenza, más le conviene callar sus sufrimientos que pregonarlos.

La lucha primera del naufrago es contra la desesperación. Hay quien enloquece. Hay, sin embargo, quien saca fuerzas de no se sabe dónde y subsiste comiéndose sus alpargatas, aderezadas con un entrante de nenúfares y mascando su cinturón. Hay quien se amolda a lo que va encontrando. Hay quien es incapaz de relativizar convencionalismos por otra parte muy arraigados. En la desnuda África, doña Leonor de Sousa, una dama distinguida, al verse sin ropa, hizo un agujero en la arena, se metió en él y no quiso salir de allí ya nunca más, muriendo al cabo de poco. Hay también quien halla algún consuelo en la curiosidad y describe animales desconocidos, como unos curiosos caballos de agua, habla de una selva que no tiene que ver con la visitada por los caballeros andantes, o efectúa anotaciones sueltas sobre usos y costumbres de los llamados cafres, añadiendo al relato una vertiente antropológica que aún lo hace más atractivo.●